

OTRAS FORMAS DE PERDER EL EQUILIBRIO

PABLO
CRISTIN

¡Hola! Esta es una edición gratuita que contiene la primera parte de “Vacío Blanco”, una de las cinco historias del libro.

Queda totalmente prohibida su venta.

Esta es una pieza de difusión, podés compartirla con quien quieras.

Podés adquirir el libro completo acá:

Mail pablo.cristin@gmail.com

Instagram / Tiktok [@peblix](https://www.instagram.com/peblix)

O desde Petricor Ediciones

petricorediciones.empretienda.com.ar

Pronto habrá puntos de venta.

Teneme paciencia :)

VACÍO BLANCO

PARTE 1

Suena el despertador de nuevo. Ya es la quinta vez del día 8825 consecutivo que suena el despertador perforándome la cabeza, siempre a las siete. Todavía me pregunto por qué mantenemos los horarios de la Tierra si hace 572 años escapamos de esa trampa orgánica que terminó colapsando sobre sí misma. Muchos dicen que el calendario les ayuda a mantener la cordura, a que sus días tengan forma, a tener un vínculo con sus ancestros y no olvidar su humanidad. Para mí es un truco mental para sentirnos parte de algo más grande. Acá, en el infinito, la noche es siempre fiel a las ventanas de la nave que avanza a una velocidad casi lumínica por la densa oscuridad.

Termino de maldecir al nuevo día —ficticio— que comienza y tomo un trago de agua inclinando sobre mí la botella que estratégicamente suelo dejar al lado de la cama. Todavía me dan vuelta algunas imágenes de anoche: bebidas, pastillas, una nube en la mente que sólo me pide que sigamos durmiendo, pero la vida en este delicado ecosistema flotante no perdona y debo cumplir con mis obligaciones para la comunidad, no porque yo sea un ciudadano ejemplar sino porque ya tengo dos apercebimientos de cinco y el sistema de castigos es muy estricto.

Se supone que hemos sido seleccionados, es decir, nuestros ancestros hace cinco siglos, para mantener a la especie humana con vida tras el colapso de nuestro planeta. Embarcamos en un viaje de 1317 años para llegar al soñado planeta GW Orionis que se asume podría ser habitable y donde deberíamos iniciar los cimientos del resurgir de la humanidad. Claro que todos los tripulantes de la nave hoy somos un mero eslabón en el cumplimiento de este objetivo, con una esperanza de vida de sólo 120 años. Es por esto que las tareas, además de labores profesionales, mantenimiento de la nave y de su ecosistema, incluyen procrear y mantener a futuras generaciones para que una vez lleguemos a destino haya suficientes humanos para establecer campamento fuera de la nave y comenzar la expansión en el nuevo planeta.

Escupo un poco de agua reciclada en el lavamanos para evitar sentir la aspereza de mi lengua y mientras trago una aspirina que me va a ayudar durante al menos la mitad de la jornada, le doy una mirada al Boletín, la publicación diaria con eventos y noticias importantes de lo que ocurre sobre el Crucero. En la portada, como casi siempre, el Capitán con su sonrisa perenne da un mensaje de ánimo a todos los que comenzamos

nuestras tareas y recuerda que el objetivo de tanto esfuerzo es mantener a las generaciones que vienen. A veces leer sus palabras me da el empujón que necesito para atravesar la puerta y otras veces la atravieso porque me empuja desde la espalda el ariete de la rutina. No es recomendable confiar todos los días en la misma sonrisa.

Debajo de las noticias aburridas y cotidianas, aparecen las clandestinas del otro boletín al que estoy suscripto, obviamente ilegal, pero hasta ahora indetectable por las fuerzas del orden, donde publican algunas teorías conspirativas algo descabelladas pero que suenan lógicas y que me divierte leer. La de hoy dice que es posible que nos destruya una estrella de neutrinos dado que son imperceptibles por nuestros radares hasta que es demasiado tarde, además, claro, de citar algunos estudios, proponer algunos gráficos y declarar compulsivamente que a la nave le queda menos de una década de vida. Cosas cotidianas. Hace ya varias décadas que según estos medios alternativos le queda menos de una década de vida.

De todos modos no me asusta, leo estos boletines no oficiales hace años y sé cómo lidiar internamente con ellos: ya he vivido varios apocalipsis y aunque no resultan ciertos me dan una perspectiva distinta de las editoriales oficiales lideradas por una inteligencia artificial llamada, quizás a modo de ironía, GAIA, por sus siglas en inglés: Global Artificial Intelligence Agent, quien se encarga de mantener los sistemas generales de la nave funcionando y monitorea de forma constante que todo vaya según lo planeado, velando por la integridad del plan y la supervivencia de la tripulación por sobre cualquier otro objetivo. También se encarga de la administración de los recursos y de todo el ecosistema de la nave, desde la revisión de cada dispositivo que permite que sigamos con vida, hasta un estricto control de natalidad que mantiene los niveles demográficos en su justa medida de acuerdo a las distintas etapas del proyecto. Es el modelo de inteligencia artificial más complejo jamás creado capaz de tomar decisiones difíciles en fracciones de segundo siempre a favor de la lógica y el cumplimiento de la misión.

En el boletín oficial también se mencionan cuestiones sociales, casamientos, si han nacido nuevos individuos y cualquier información que GAIA considere que debe ser de dominio público. Si bien la portada contiene lo más relevante, también cuenta con una cantidad de datos detallados sobre todo lo que pasa en la nave que se puede ir consultando. Toda la historia de la misión, desde el despegue en la Tierra hasta el día de hoy, puede ser localizada a través del Boletín. Es, de paso, una bitácora que quedará para la historia, cuando los humanos volvamos a tener nuestro propio planeta. La idea de la misión siempre ha sido la transparencia, por lo que el boletín es una parte vital para la vida social de cada persona que habita el Crucero, donde se trata de informar de forma abierta y confiable. Es habitual que alguna nota del Boletín sea tema de conversación en el transporte, en el trabajo o con amigos.

Después de una lectura rápida y de la octava advertencia del despertador, crucé la puerta a toda prisa para no tentar a que la suerte me asignase otro apercibimiento.

Como obrero de Clase III debo tomar todas las mañanas un tranvía que pasa a unos cien metros de mi puerta y que en más o menos media hora me deposita en la entrada de la fábrica. Para su suerte, los Clase II aprovechan los ascensores y los Clase I van cómodos en sus cintas transportadoras infinitas sin espera.

Pero subir o bajar a una clase no depende de uno, al menos no del todo. GAIA divide a las personas según sus capacidades tras un riguroso sistema de puntos por el que atravesamos todos los nativos de la embarcación espacial. Durante el ciclo educativo se detectan las fortalezas y habilidades de cada nuevo tripulante y se les asigna su puesto en la nave de forma automática, a veces por necesidad, si es que faltan manos en algún sector específico, y a veces por mérito, si es que alguien destaca más que el resto en alguna de las tareas. Toda decisión que tome GAIA es inapelable para cualquier humano salvo por el Capitán, quien escucha y recibe cada queja o descargo de forma personalizada, ya sea a través de la mensajería del Boletín como en persona, para lo cual hay que tramitar un turno que por la demanda en algunas ocasiones puede demorar semanas o hasta meses. La inteligencia artificial toma cada reclamo y graba las conversaciones con el Capitán para alimentar su motor y tomar mejores decisiones en el futuro. Una vez que GAIA ha tomado un veredicto, existe una probabilidad cercana a cero de que decida cambiarlo. Es un increíble cerebro digital capaz de digerir información compleja en cuestión de segundos, pero sigue siendo un sistema virtual, creado por la humanidad, que se alimenta, crece y mejora día a día.

La verdad es que nunca me ha importado mucho la continuidad de la especie, por lo que pasé mis mejores años buscando distintas formas de estallar mi cerebro para imaginar y sentir universos distintos al vacío existencial que se proyecta por cada cristal de esta maldita lata que flota por el espacio. Uno podría decir que una nave con tanta tecnología y tan trascendental para la subsistencia de la especie podría ser divertida y no tendría tantos pasadizos oscuros, pero tengo la suerte de conocerlos a todos: me he aspirado, inyectado y mareado en cada rincón de esta nave, incluso donde el ojo de GAIA no es capaz de llegar o donde no ha admitido que llega. Como todo buen mecanismo de control, debe ser capaz de mantener una vigilancia tácita en cada recoveco, pero no puede hacer alarde de ello, o al menos eso dicen algunos boletines a los que estoy suscripto.

Se abre la puerta doble del tranvía, una luz ilumina el nombre de mi estación y allá voy, como todas las mañanas, a la fábrica de microchips.

Es increíble que siendo una civilización que supo automatizar miles de procesos, crear una nave intergaláctica capaz de autosustentarse para un viaje de más de 1300 años conteniendo y permitiendo la reproducción de la humanidad, aún necesite un ojo analógico para probar que las máquinas hicieron un buen trabajo autorreproduciéndose. Rara vez existe un lote de microchips con malas soldaduras, pero cuando sucede puede producir errores que van desde la apertura inesperada de alguna puerta hasta fallos en los sistemas de producción de oxígeno y eso es peligroso, no necesito explicar por qué. Esta nave es literalmente una burbuja en medio de un inmenso océano negro y cualquier leve pinchazo puede bastar para que todo tenga un desafortunado final. No podemos arriesgarnos y por eso mi ojo es indispensable.

Y será tan importante el monitoreo de microchips que nosotros, la clase más baja, somos los encargados de tan monótona y precisa tarea. Siempre mirando las mismas conexiones, escaneando los mismos encastres, comprobando los mismos capacitores, poniendo el ojo en el mismo microscopio día tras día. A veces el izquierdo, a veces el opuesto. Soy ambidiestro de ojos. Puedo guiñar con cualquier párpado independientemente. A veces me duelen por igual.

Por suerte, la aspirina dejó de hacer efecto sólo media hora antes de terminar la jornada y el dolor de cabeza volvió para ser aniquilado con algunos tragos en El Vacío Blanco o “The White Void”, según sus dueños descendientes de anglosajones.

—¿Vieron el boletín esta mañana? Otro caso dudoso cerrado por GAIA donde un mecánico fue degradado a Clase III, a veces creo que ese robotito abusa de que nadie se atreva a contradecirlo —dijo Doniel mientras agitaba un vaso casi vacío.

Lyra cruzó miradas conmigo y en una comunicación casi telepática ella habló por los dos.

—Si invirtieras todo el tiempo que pasás buscando formas de criticar a GAIA en recuperar tus puntos es posible que ya te tuviera en cuenta para volver a Clase II, Doniel.

—Es fácil decirlo cuando te mantuviste en Clase II por tantos años, y a mí por un mísero error de otro...

—Bueno, pero para mí tampoco es fácil, tu comida depende de mi trabajo, a veces es demasiada presión —acusó Lyra, un tanto vanidosa, tambaleándose parada al lado del banquito.

Si bien nos conocemos desde los 3 años como compañeros de los primeros salones de aprendizaje, fuimos creciendo y dándonos cuenta de que resultamos muy distintos. Lyra siempre destacó en ciencias relacionadas a la naturaleza, sobre todo a las plantas: le parecen seres fascinantes y mágicos, todo lo contrario al frío metal que solemos ver en prácticamente todo lo que compone la nave. Es así que a partir de sus 12 años fue derivada de forma gradual a la botánica y hoy en día es jardinera en uno de los varios laboratorios agronómicos donde se germinan, cultivan y cosechan verduras, frutas y hortalizas para consumo de toda la población usando como método principal la hidroponía. Es un puesto de suma importancia y espera en no mucho tiempo, si sigue juntando puntos y logros, ascender a Clase I y dedicarse a la manipulación genética de semillas y frutos para abastecer de forma más eficiente el consumo alimenticio.

Doniel, en cambio, siempre fue un genio de la robótica. De hecho, fue él quien instaló un biosensor en el ojo derecho de Lyra que le otorga información importante de la planta que observa y brinda algunos datos sobre otros seres vivos. Pero a pesar de su talento y su futuro, Doniel fue degradado de su puesto de supervisor de brazos robóticos en una ensambladora después de un incidente que costó una moderada pérdida de recursos y quebró los huesos de dos operarios que trabajaban con él. La cuestión nunca estuvo clara, y todo apunta a una irresponsabilidad de uno de los obreros, pero el algoritmo resolvió degradar a todas las personas afectadas, siendo Doniel una de ellas, como responsables de lo sucedido. Nadie contradice —ni puede contradecir— al algoritmo, así que se lo tiene que aguantar, pero a veces no le sale demasiado bien y explota en discursos antiguaia, siguiendo fervientemente varias teorías conspirativas, algunas bastante descabelladas.

—Cálmense los dos, no vamos a resolver nada así de ebrios y discutiendo entre nosotros. Las respuestas, los problemas, están afuera y van a seguir ahí, aunque terminemos a las piñas. Aparte, hoy vengo arrastrando la jaqueca de anoche, sus voces y esta música de mierda que pasan son como clavos calientes metiéndose por mis oídos —dije en tono conciliador, bebiendo la mitad del vaso de un solo trago como punto final a mi pequeño discurso.

—Es cierto, dentro de este basurero bien lustrado ustedes, ratas, son las únicas dos personas en quien confío —dijo Lyra con complicidad.

—Es todo cuestión de conveniencia, ustedes son las dos menos peores personas que me ha tocado conocer —aplicó Doniel alineando perfectamente el segundo vaso vacío con las líneas del mantel.

—Gracias —sonreímos Lyra y yo.

—Es increíble pensar que existimos durante menos de la décima parte del viaje, ¿no? —suspiró Lyra.

—A veces no logro dimensionar todo lo que está pasando alrededor... Es increíble que hace unos 600 años las personas habitaban un planeta y hoy...

—Somos la resaca de la humanidad —me interrumpió Doniel—, estamos a la deriva en este pedazo de chatarra que no vimos despegar y que no veremos aterrizar...

Nos quedamos en silencio un instante mirando la mesa o los vasos vacíos. De fondo, una ventana que ya no nos llamaba la atención.

—¡Cómo se nota que estamos viejos, eh! —disparó Lyra.

—Hablá por vos, yo todavía converso... convervo... ¡conservo mi estado! —respondí balbuceante.

—Sí, un estado calamitoso venís conservando, ¿otra vez estás bebiendo entre semana? —incredó Lyra.

—¿Ayer fue viernes? —indagué.

—No, hoy es viernes.

—Entonces sí, desde el lunes —dije mirando al techo.

—¡No lo juzgues! Cada quien escapa a su manera. Si no podemos romper el techo, nos rompemos la cabeza —me defendió Doniel mientras terminaba su tercer trago.

Ya bastante derrotado por el alcohol, que había postergado la jaqueca unas horas, me despedí de ambos y apunté hacia mi hogar. Son unos quince minutos caminando, pero como conozco varios atajos, me sumergí en las entrañas de la nave por un pasadizo apenas más ancho que mi burbujeante estómago.

Es increíble lo poco que se siente que viajamos a casi la velocidad de la luz. Pivoteando entre estrechos pasillos de metal, voy recordando el camino a casa como una de esas ratas de laboratorio. Siempre las muestran deambulando por un laberinto, pero rara vez se explica por qué. ¿Será para comprobar su memoria o más bien para ver en cuánto tiempo se cansan de repetir siempre lo mismo?

A veces me siento una rata caminando por un laberinto. Y soy la rata, pero también soy el laberinto.

Hundido en mis pensamientos, entre preguntas sin respuesta y un dolor de cabeza in crescendo escuché lo que parecía una voz, esta vez fuera de mi cerebro, que balbuceaba. Miré alrededor, pero nada. Me estaré volviendo loco por fin.

Del otro lado del apretado corredor, un indudable golpe seco hizo que girara la cabeza. Obviamente me acerqué, si hay algo que supera mis ansias de tener razón es mi curiosidad.

Pude ver una persona en el piso jadeando sin parar mientras se agarraba el cuello, como intentando respirar. Me clavó su vista, sorprendiéndose por mi presencia, y jadeó más fuerte, como queriendo gritarme. Al segundo una luz lo recorrió por completo y en un deslumbrante flash casi silencioso se convirtió en una montañita de polvo gris.

A mis pies, cayó todavía un poco humeante una credencial plastificada atada a un simpático llavero con un pato de hule.

En shock y sin entender lo que estaba pasando frente a mis ojos, agarré la credencial y a su acompañante en un movimiento reflejo y corrí sin mirar alrededor. Mientras avanzo, algunas salientes de los cada vez más estrechos pasillos me dan un raspón. Mi cabeza gira mil veces por segundo mientras un zumbido avasallador lo acapara todo. A veces pierdo el equilibrio, pero logro apartar las lágrimas que exprimen mis nervios mientras corro a toda velocidad, hasta que por fin alcanzo el botón de la puerta y me guarezco en casa.

Apoyado contra la pared intento recuperar el aliento y diferenciar el mareo del alcohol del de los nervios del de la ansiedad del de la incertidumbre de no saber qué va a pasar en los próximos diez minutos.

Mi mano izquierda duele mientras aprieta en forma de garra la credencial con las letras YGV. Me quedé mirándola un rato, parecía una llave de Alto Rango, pero ¿qué era lo que había pasado hacía unos minutos? ¿Había visto a una persona de Clase I perder la vida? Y no sólo eso, sino que a ojos de cualquiera yo habría robado su credencial, ¡estando ebrio! Crímenes como este son penados con la ejecución. Probablemente GAIA me encuentre culpable por la muerte de ese tipo, porque es lo más lógico, y decida que mi destino es ser lanzado desnudo al espacio para flotar congelado —y asfixiado— por siempre. Es lo que menos deseo.

Por lo menos si me dejaran conservar la ropa... pero no, la política de ahorro de recursos determina que si un criminal debe ser ejecutado será invirtiendo la menor cantidad de recursos y generando la menor cantidad de pérdidas materiales, por lo que no se va a sacrificar un buen par de botas o unos pantalones en buen estado por lanzar a un malhechor al espacio. Creo que debemos dar gracias de que no estemos comiendo su carne. Por lo menos, no por ahora. O no que sepamos.

No es que me considere en contra de la ley, pero yo no he matado a nadie y realmente no veo la necesidad de morir, así que me quedé durante la noche pensando posibles escenarios, algunos más irreales que otros, asegurándome de considerar todas las opciones imaginables para cuando sea el momento de enfrentar mi destino.

Probablemente GAIA tenga una prueba en video que me muestre al lado del cuerpo antes de que muriese o bien algún testigo lo grabó escondido. ¿Era una trampa para encontrar un culpable y esconder al verdadero?

Sabía que de alguna forma la decisión de volverme por los pasillos, de no seguir de largo y sobre todo de agarrar esa maldita credencial fueron mi pasaje a la tumba.

Esa noche no dormí, pero aun así tuve pesadillas.

Me quedé sentado en la cama mirando por la ventana al inmenso espacio en el que la civilización entera se desplaza intentando imaginar la vida en la Tierra hace algunos siglos. ¿Qué se sentirá ver un horizonte? Lo más lejos que mi vista ha recorrido es toda la extensión del hall central hasta sus paredes del fondo. Fuera de esto siempre tengo una pared a la vista, esquinas, recovecos, callejones, microchips y rutinas estrictas bajo rigurosos sistemas de control que nos achican cada vez más el espacio. Según estudios publicados por científicos a bordo, los humanos fuimos reduciendo nuestra necesidad de espacio a tal punto que de poder vivir en cuarenta metros cuadrados como a principios del segundo milenio hoy requerimos poco más de veinte. ¿Qué se habrá sentido

vivir en una clásica granja medieval o escalar una montaña? Me imaginaba volando en ala delta sobre un volcán al rojo vivo sintiendo una brisa agradable en las cejas —acá no existe el viento—, pero al parpadear vi de nuevo el reflejo de mis ojeras en el cristal que me separa del abismo salvaje. Quizás no debería haber tomado esa última pastilla.

Me encuentro parado en medio de la habitación con algunos resabios de mi fantasía sobre la Tierra, intentando calmarme un poco. Me siento un poco más tranquilo después de haber escondido la tarjeta para pensar cuál debe ser mi próximo movimiento.

Se hacen las siete en esta noche eterna fuera y dentro de la nave, fuera y dentro de mí. Con los ojos irritados por el cansancio y la resaca de las drogas, le doy una leída rápida al Boletín para comprobar que no haya trascendido el incidente y a simple vista no encontré nada. El Capitán con su simpatía nos recuerda que pronto habrá una tormenta solar bastante grande pero que no hay de qué preocuparse, eventos así han sucedido algunos siglos en el pasado y si bien ponen a la nave en un estado de ahorro de energía temporal, es más por precaución que por peligro. Cuando uno navega el espacio sin depender de un planeta que lo abastezca, cuidar hasta lo más mínimo se vuelve indispensable y, sobre todo, ahorrar energía para evitar una sobrecarga que dañe los equipos sin los cuales no podríamos manejar al Crucero, o comer o siquiera respirar. Debajo de su firma, un agradecimiento del Capitán a algunos trabajadores que han salvado una cosecha hidropónica de frutales a pesar de que el sistema de fertilización fuera reducido un 15% por una falla técnica. Sonreí al ver entre las caras de la foto a Lyra como parte de ese equipo. Doniel se va a poner furioso de celos cuando ella lo presuma en el bar.

Al menos eso me distrajo un poco de la nube de pensamientos que invadían mi cabeza. Revisé algunas notas, otras secciones, hasta usé el buscador. Nada de qué preocuparse. Respiré hondo y crucé la puerta una vez más para acercarme a mi puesto de trabajo. Hoy no tengo aspirinas.

Mis ojos lloran al acercarse al visor del microscopio. A veces paro un instante para secar la lágrima que se acumula cada tanto en el lente y así, sumando pequeños cortes, me atraso en el objetivo diario, más el atraso que vengo arrastrando de días anteriores no me espera un buen escenario. Decidí relajar mi mente y priorizar los objetivos, por lo que me di la libertad —como un dios que se da libertades o licencias a sí mismo— de incrementar la velocidad de mi trabajo dejando pasar uno de cada tres o cuatro microprocesadores sin revisarlos exhaustivamente. Si no ha fallado nada en seis años, ¿por qué habría de hacerlo ahora mismo? La lógica estaba de mi lado y cuando quiero tener razón me aferro a lo que me dé el más mínimo respaldo para lanzarme de lleno y esperar que me sostenga. Y así hice. Ese día logré avanzar un poco en mis pendientes. Si hago lo mismo por dos o tres jornadas más, voy a ponerme al día con todo y podré estar tranquilo.

Por suerte, la cárcel implícita que impone un puesto laboral abre sus puertas para mí en una libertad condicional hasta mañana. Espero no tener también la resaca de hoy que fue un grillete que arrastré hasta cuando movía los ojos.

Y mi sonrisa es inevitable a pesar del cansancio y la ansiedad cuando estoy con Aiden, un ser libre que es capaz de flotar en una nave que a su vez está flotando en un espacio que seguro flota en otra cosa. La persona más eléctrica y dulce que conocí, y que un día, hace ya diez meses, había tenido la suerte de que me aceptara como su pareja.

Con una botella de por medio en el Vacío Blanco y conversando sobre nuestros días, intento espantar los malos pensamientos que me recorren mirándola a los ojos mientras relata una anécdota de su jornada en la sección de espectáculos del Boletín, donde trabaja como editora Clase II.

—¡Hey! ¡Psst! ¿Estás acá? —reclamó Aiden, chasqueando los dedos sobre mi nariz.

—Perdón, sí, estaba perdido en tus ojos —apacigüé infructuosamente.

—Conozco ese abismo en que se transforman tus pupilas cuando no estás dentro de tu cuerpo, ¿qué pasa? ¿día largo? —empatizó Aiden.

Me sirvo el vaso hasta la mitad, doy el primer sorbo. Suspiro.

—Hoy por fin pude superar el objetivo diario —dije con un tono contrario a la felicidad que debía transmitir esa oración.

—Bueno, pero entonces eso es bueno... o...

Apoyé el vaso después del segundo trago y me incliné para acercarme lo más posible a Aiden, aunque eso fueran algunos centímetros.

—Hay algo... —dije mirando al suelo.

—¡No me digas que caíste en lo de esas androides sexuales! —intentó cortar el mal clima, sus ojos nunca perdieron el brillo.

—¡No! —me desequilibró, contuve un poco la risa—. Nada, ya está, ¡me desconcentrés!

—¡Qué tonto! ¡A veces me hacés asustar! ¿Me cambiarías por una androide?

—Jamás —respondí mirando sus perfectos ojos violetas—. Pero si querés, podés demostrarme qué podés hacer que una androide no —dije con un inequívoco tono de querer festejar nuestro décimo mesaniversario.

—Mmm... ya veremos qué podemos hacer —murmuró Aiden terminando el vaso de un sorbo y levantándose mientras la diminuta cartera verde cae sobre su hombro.

Comenzamos el acto más humano que queda sobre el universo con caricias y besos por todo mi pequeño monoambiente. Todo huele un poco a alcohol, un poco a perfume. Aiden se desató el pelo y me acarició el pecho mientras yo siento su piel rugir mi nombre.

—¿Y si condimentamos un poco la situación? —propuso Aiden sonriente.

—La cajita está atrás del libro azul, agarrá las que quieras —respondí cómplice—. Traeme una roja y una verde, hoy quiero levitar un poco.

Aiden fue dando saltitos en ropa interior a buscar la caja de mis pequeñas drogas recreativas mientras yo la miro y olvido todos mis problemas. Ella me hace conectar con lo que algunas creencias mencionan como “el momento presente”, me hace sentir que todo lo que sucede cuando estamos juntos es lo más importante y no puedo pensar en el pasado ni preocuparme por el futuro porque todo se conjuga en un equilibrio perfecto dentro de mí. Pero como nada es para siempre y como los problemas pueden olvidarse, pero no desaparecen, la realidad me dio una cachetada cuando el grito de Aiden estalló tras ver caer de mi caja mágica una credencial ensangrentada de Clase I. Aterrada, dio unos pasos atrás y gritó:

—¿¿¿Qué mierda es esto??? —Su piel pálida, no sé cómo, logró ponerse aún más pálida.

—¡Ahí la había guardado...! —recordé, no sé si para mis adentros o en voz alta—. ¡Por favor! No grites, por esto estaba preocupado hoy... yo no hice nada malo, te lo juro, pero necesito que me ayudes, no sé qué hacer.

—Esto es una credencial Clase I de la tripulación cercana al Capitán. Sólo las había visto en fotos del boletín.

—Necesito que me prometas que no vas a contar esto a nadie, sobre todo a tu papá.

El padre de Aiden, Rolfo, es un político Clase I que no acepta del todo que su hija sea editora periodística Clase II cuando podría ser asesora política del nivel más alto. Mucho menos acepta que salga conmigo, como podría resultar evidente. Es una persona política importante dentro de un sector de la comunidad. Como todo político de su edad, es un tipo duro y a la antigua. Para él todo tiempo pasado fue mejor, cree en la presencia de algún Dios que guía nuestra nave por el espacio y mantiene a rajatabla muchas costumbres de la Tierra como la Navidad —sí, tuve que ir una vez a celebrar como si hubiese sido 2012—, el calendario y algunas festividades porque considera que eso nos hace más humanos y nos une como especie. Pero también detesta a los androides y a quienes tienen implantes como Lyra. De hecho, parte de su carrera política se basa en desacreditar los méritos de quienes tienen dispositivos que potencian sus habilidades alegando que “se podría hacer lo mismo entrenando el cerebro” sin importar que haya pruebas científicas que contrarresten esta afirmación o la encuentren menos práctica.

Aiden se preocupó manifestando un entrecejo arrugado con su ceja izquierda levemente más levantada que su gemela.

—Te lo prometo, no sé qué sea, pero prometo apoyarte, leo tus ojos y sé que no mienten. —Su lado dulce afloró. Se acurrucó a mi lado y la abracé.

—Vi morir a esta persona cuando volvía del Vacío Blanco anoche por uno de los callejones. Creo que usó algún dispositivo para suicidarse o eso es lo que me pareció. Justo antes de pulverizarse llegó a lanzarme su credencial con el llavero —dije, un poco más calmado.

Aiden se quedó mirando la credencial mientras hacía chillar el pato de hule. A pesar de lo serio de la situación, la comisura de sus labios no pudo evitar soltar una sonrisita.

—Al menos el patito es simpático, ¿no? —aliviané.

—El problema es que esto es un crimen Grado 5... si se sabe que fuiste testigo de la muerte de un alto cargo y no dijiste nada, y para colmo tenés su credencial... ¿Cómo se te ocurrió agarrarla? —se preocupó Aiden con los ojos no tan alegres, aunque seguía exprimiendo al pobre pato, ya no sé si por diversión o ansiedad.

—Fue un impulso, estaba demasiado alterado por la situación y las pastillas... Pero hoy en el Boletín no se ha publicado nada, quizás podría pasar desapercibido —intenté tranquilizarla.

—¿Desapercibido? Sabés que los altos cargos tienen sensores de vitalidad, ¿no? Lo más probable es que esperen a publicarlo porque están haciendo una investigación... Aunque nunca había escuchado de un caso así antes. ¿Será el primero o habrá otros que nadie ha notificado?

—Usted es la periodista... —dije tratando de hacer la situación más llevadera, aunque por dentro me veía desnudo y congelado en el espacio dando vueltas lentamente por toda la eternidad.

—Podés estar en grave peligro —me dijo Aiden con sus ojos clavados en los míos.

—Soy un hombre de acción, no te preocupes —mentí y le di un beso suave que duró unos segundos.

Decidimos tomar las pastillas que ya teníamos en la mano y tener una noche de sexo humano inolvidable. No creo que los androides puedan alguna vez reemplazar al calor de un corazón que aumente su ritmo con la caricia exacta que sólo su ser humano favorito puede proporcionar. Menos mal que preparé aspirinas para la mañana siguiente.

Como siempre, mis sueños se interrumpen por la tenacidad de la música del despertador que llega a lo más profundo de mis oídos. Tomo un trago de agua para aliviar

el desierto en que se ha transformado mi garganta y me incorporo. Aiden ya estaba tomando un café, sonriente bajo la lámpara de la mesa.

—Es increíble cómo dormís a pesar de toda la situación —dijo Aiden. No pude distinguir si estaba haciendo una broma o hablando en serio.

—El cuerpo te pide... —arriesgué mientras hacía fondo blanco de agua con una aspirina—. ¿Alguna novedad?

—Te estaba esperando para ver el Boletín, no me animo a abrirlo sola.

Serví lentamente una taza de café como si ganar segundos antes de leer las noticias fuera a cambiar en algo su contenido.

Me senté frente a la pantalla. Contraseña, ingreso. Abrir Boletín. Portada. Una foto del Capitán abrazando a un hombre trigueño de frondosa cabellera enrulada y un titular urgente que gritaba “Operador de Navegación se quita la vida tras psicosis aguda”. Cruzamos miradas con Aiden. “Se ha detectado que el colaborador de nombre Yermiño Giménez V utilizó un dispositivo para suicidarse tras un cuadro de psicosis que lo condujo a tomar esa drástica decisión. Sus restos simbólicos serán arrojados al espacio desde la esclusa 45 hoy a las 18:30 hs. Se pide a todos los habitantes que guarden respeto y nuestras condolencias a la familia”. Adjunto, el análisis psiquiátrico del suicida con sus detalles y anotaciones médicas que no seguí leyendo.

Luego, el Capitán en video dirige unas palabras a la comunidad con su carisma de siempre. Se lo nota dolido, un poco dubitativo por la situación, pero aun así logra transmitir con sus palabras un mensaje de calma, aprovechando para poner al alcance de todos los contactos de psicólogos y psiquiatras por si alguien atraviesa un episodio similar. A veces el sistema puede ser abrumador.

Dentro de nuestra sociedad apenas existen los asesinatos, si bien hay algunos documentados en nuestra historia. Es tan difícil no ser detectado que son muy pocos quienes se animan a cometer un crimen de ese nivel. Sí son apenas más frecuentes —aunque no tanto— los suicidios. La vida en un espacio tan cerrado e intenso puede ser agobiante para algunos.

Me asfixio. A veces siento que me asfixio. Y lo único que me devuelve el aire a los pulmones es pensar, concentrarme y recordar que, aunque esté rodeado de aire, la respiración depende de mí.

Hay que recordar que la pérdida de un alto rango en la nave no es sólo un puesto laboral vacío sino años de recursos y aprendizaje invertidos para formar a cada trabajador y animarlo a que aporte al máximo sus capacidades y su labor para el bienestar de todo el sistema. Por esto cada persona es valorada. GAIA está preparada para priorizar la vida y evitar a toda costa que se pierdan recursos, es decir, humanos.

Cruzamos miradas con Aiden, ambos sorprendidos sin saber qué decir.

—Esto... —interrumpí el silencio—. Esto se solucionó muy fácil, ¿no te parece?

—Eso pensaba... entonces sí se trató de un suicidio.

—La pregunta es por qué me arrojó la tarjeta... —sobrepensé.

—Si GAIA dio su veredicto, es inapelable... sigamos como si nada y en el caso de que surja algo vemos cómo resolverlo entre los dos —dijo Aiden con una seguridad contagiosa.

—Me parece bien —Me escupí la mano para cerrar el trato.

—Ni sueñes —dijo Aiden riéndose con asco.

—Anoche no te daba asco —Reí de más, canalizando mis nervios con un chiste malo.

—Idiota. —Aiden sonríe mientras abre la puerta.

La jornada se llevó a cabo normalmente. Nada extraño me había impedido superar las tareas diarias y llegar una vez más al Vacío Blanco para compartir algunas bebidas con mis dos alimañas favoritas. Esa noche tocaba un conjunto de sintetizadores haciendo los clásicos del 2120, una selección exquisita a mi gusto que Lyra detesta

porque incluye varias canciones que escuchaba con su ex. Ella se jacta de poder ver la composición química de sus lágrimas con su implante y dice que las que secreta cuando piensa en Jhoniver tienen un poco más de sal.

Después de un increíble show, el piso ya se mueve o todo se mueve o yo doy vueltas en un lavarropas industrial mientras Doniel se sienta en la vereda a descansar —llámese tomar aire— para emprender el camino a casa.

—¿Lyra? —intenté decir.

—Llorando en el baño —lamentó Doniel—. Muchos clásicos se le meten por los ojos cada tanto.

Por la esquina dobla un tipo gigante, casi cuadrado y del ancho de un armario, evidentemente borracho e incapaz de usar más del 10% de su cerebro. Empieza a mirarme fijo.

—Buenas noches —digo para evitar un conflicto.

El tipo avanza con torpeza hacia mí, Doniel mira de reojo mientras yo levanto mi pobre defensa.

—No va a hacerte nada, si es más blandito que un planeta gaseoso —dijo Lyra desde la puerta del Vacío Blanco.

—Siempre con ese humor que me calienta —dijo el borracho con seguridad.

—¡Cómo venís corriendo cuando te llamo llorando desde el baño de un bar! —confirmó Lyra.

—Sé que ese es tu mejor momento, mi reina. ¿Vamos? —guiñó el borracho.

De un solo salto Lyra llegó a los brazos del tipo y se encontraron en un beso innecesariamente descarado que nos sorprendió.

Aiden corre hacia mí, me abraza. Lloro.

Detrás, un guardia humano y dos cyborgs se abren camino entre el montón de gente en mi dirección. En este momento surrealista escucho el crujido de mis ojos al moverse de un lado a otro sin entender lo que sucede, todo entre los cálidos brazos de Aiden que contrastan con absolutamente todo lo demás, todo lo horrible demás... ¡seguro se dieron cuenta que dejé pasar plaquetas sin revisar! ¡descubrieron mis suscripciones a Boletines clandestinos, o mi caja de pastillas! ¡saben que tenemos la tarjeta, que fui testigo del suicidio! ¡se acabó!

Camille, mi supervisora, humana de grandes valores y empatía sanadora, se interpuso amablemente frente a los guardias con ademanes tan conciliadores que hasta quienes no eran más que chatarra superdesarrollada pudieron comprender.

—¿Por qué... por qué viniste hoy? ¿Qué hacés acá? —me preguntó Camille.

—No sabía que era feriado —respondí con la esperanza que todo fuera un sueño y por fin despierte al mediodía en la puerta del Vacío Blanco regado por mi propio vómito.

—¿No leíste el boletín hoy, infeliz? —interpuso Camille con una violencia tan elocuente que parece simpatía.

Todo está perdido. GAIA probablemente encontró la grabación y me habría declarado culpable de la muerte de Yermiño, quizás apoyada por el padre de Aiden que se las rebuscó para hacerme todavía más culpable. ¡Estoy seguro que han inventado un montón de otras cosas para terminar de hundirme!

Camille me acerca una pantalla donde se muestra mi cara en una de las fotos más grandes de la portada del boletín. Mis manos se volvieron tan frías como el metal del dispositivo que en ese mismo momento se hizo tan pesado como una luna.

No solamente puedo escuchar cada latido, cada flujo, cada proceso involuntario de mi propio cuerpo, sino que hasta oí retumbar los latidos de todos los humanos que forman a mi alrededor un semicírculo desordenado.

Creo que hace varios minutos no parpadeo al tener en mis manos la página principal del boletín que dice que por decisión de GAIA el Capitán queda destituido de su cargo tras ser declarado incapaz, a raíz de un desorden psiquiátrico que ha desarrollado en los últimos días y en su lugar, como decisión lógica, resolvió que debo ser yo quien de ahora en más comande la nave como Capitán interino hasta que se determine uno nuevo.

Los guardias rebasaron a Camille hasta alcanzar uno de mis brazos, arrancándome de Aiden ante su llanto y la incertidumbre de todos los testigos.

En mi cabeza un huracán de sinsentidos explota al mismo tiempo que mis piernas responden involuntariamente al arrastre de los cyborgs que cargan mi cuerpo débil por la falta de sueño, los excesos y la confusión hacia el sillón del Capitán, responsable no sólo de la vida de veinticinco mil humanos, sino de los últimos de su especie. Y claro que jamás importaron mi preparación ni mis talentos ni mi poco carisma ni mis debilidades. Durante el trayecto, mientras intento repasar todo lo que sucedió en el último minuto, rebota una frase en mi cabeza incansablemente hasta asfixiarme:

“Cualquier decisión tomada por GAIA es inapelable.”

**¿QUERÉS SABER CÓMO SIGUE ESTA HISTORIA?
¡ADQUIRÍ EL LIBRO COMPLETO CON ESTA Y CUATRO HISTORIAS MÁS EN FÍSICO O
EN DIGITAL Y VOLATE LA MENTE!**

PEDÍ TU EJEMPLAR POR MAIL A PABLO.CRISTIN@GMAIL.COM O POR [INSTAGRAM.COM/PEBLIX](https://www.instagram.com/peblx)

[ENVIAME UN MENSAJE A CUALQUIERA DE MIS REDES DICRIENDO “QUIERO SABER CÓMO SIGUE” Y LLEVATE EL LIBRO CON UN 20% DE DESCUENTO]

**TAMBIÉN PODÉS OBTENERLO DESDE LA WEB DE PETRICOR EDICIONES
[PETRICOREDICIONES.EMPRETIENDA.COM.AR](https://petricorediciones.empretienda.com.ar)**